

se aumentaron; y debilitados en gran parte los vínculos de la gratitud, los apóstoles se hallaron rodeados de enemigos, y en contacto con muchos amigos dudosos ó acobardados. En esta difícil posición, era natural que pronto cayesen en manos de sus perseguidores.

Delatado el Beato mexicano, fué luego preso, y atormentado con todo el furor del fanatismo gentilico. Triunfó empero de la doble tentación inventada por el infierno: despreció las promesas lisonjeras; se sobrepuso al temor natural que causa la vista del suplicio. Y confesando con heroica constancia y valor, en la presencia de los crueles verdugos, que Jesucristo es Hijo Eterno de Dios vivo, mereció en 1627 ser quemado vivo en Omura: y luego en 1867, ser agregado al cándido ejército de los gloriosos mártires, y gozar de los altos honores de la veneración y el culto público. ¡Tal es el segundo santo hijo de México!

EL BIENAVENTURADO PADRE BARTOLOMÉ GUTIERREZ,
RELIGIOSO AGUSTINO, NACIDO EN LA CIUDAD DE
MÉXICO.

§ I.

Este glorioso mártir es el tercer hijo de México que ha merecido por su valor y constancia en la fé, los honores del culto que la Iglesia concede á los perfectos amadores de la Cruz de Nuestro Señor Jesucristo.

Nació este bienaventurado en la ciudad de México en los primeros días del mes de Setiembre de 1580,

según consta del siguiente documento, publicado hace un año, por un erudito anticuario, y que copió á la letra del libro 4.º de bautismos de españoles, de la parroquia del Sagrario, fojas 90. He aquí la partida testual: "*En cuatro días del mes de Setiembre de mil quinientos ochenta años, yo el cura Francisco Loza bautizé á Bartolomé hijo de Alonso Gutierrez, y de su mujer Ana Rodriguez: fueron sus padrinos Juan Fernandez y Catalina Rodriguez.—Francisco Loza, cura.*" Por otro documento suscrito por el R. Padre Postulador de la causa de la Beatificación, consta no solo que nació en México y que fué bautizado en el Sagrario, sino hasta la calle y casa en que nació, pues asegura que fué la primera de Santo Domingo, en la esquina que dá vuelta para la de Doneceles. Esta verdad quedó plenamente verificada por instrumento jurídico que el referido Padre Postulador, solicitó del Ayuntamiento de México, y que se le otorgó por orden del Sr. Conde de Santiago, corregidor de la ciudad, suscrito por Juan Jimenez de Siles, teniente secretario del Ayuntamiento. No cabe ya duda sobre que el bienaventurado Padre Bartolomé Gutierrez es hijo de la capital.

Sus piadosos y acomodados padres, tenían toda la honradez y religión de los antiguos españoles, y de acuerdo con estos principios, le educaron enseñándole á temer á Dios, y abstenerse de todo pecado. No fué estéril el terreno sobre que derramaron tan preciosa semilla, y así sucedió, que su bendito hijo, aun siendo niño podía proponerse como ejemplar perfecto á los ancianos. En los mismos entretenimientos inocentes de la niñez dejaba traslucir grande entereza de carácter, amor á la virtud, é inclinación á empresas mayores de lo que pedía su edad: puede decirse que nada que fuese pueril le agradó. Al mis-

mo tiempo descubria una bellissima disposicion para las letras. Pasados loablemente los ejercicios propios de la instruccion primaria, se dedicó á los de la secundaria; y aunque se ignora el colegio en que estudió, y que probablemente seria en alguno de los conventos, pues en aquella época, solamente los regulares tenian el magisterio, se sabe sí, que siempre fué superior á todos sus condiscipulos. Tuvo el especial talento de los idiomas, de aquí es que, no solo fué peritísimo latino, sino que llegó á poseer con perfeccion varios indígenas, y el muy difícil del Japon.

Florencia entonces tanto en santidad como en letras la Provincia del Santísimo Nombre de Jesus, de religiosos agustinos, y como es natural, el convento de México su casa matriz, era el que despedia en mas abundancia el buen olor de Jesucristo. Esta razon, y ademas el tener una alma generosa y ardiente, con muchos puntos de contacto con la del gran Padre San Agustin, fué lo que en la flor de su edad, le decidió á solicitar el hábito de esa sagrada y benemérita Orden.

§ II.

Diez y seis años de edad cumplía el inocente y fervoroso jóven, cuando solicitó el hábito de religioso de la Orden de San Agustin, deseoso de consagrar al Señor las primicias de su vida, é huir de los riesgos que para la inocencia ofrece el mundo. La nobleza de su casa, sus adelantados estudios en las ciencias, y la notoriedad de su virtud, le abrieron prontamente las puertas del convento de la capital, que entonces sin exageracion, podia llamarse Seminario de Obispos, de misioneros y de mártires. Habiéndole cabido en suerte una alma buena, fácil es concebir los ade-

lantos que en el camino de la perfeccion haria, estando como estuvo dirigido por un maestro ejemplar que lo fué el venerable Padre Francisco de Rivera, y rodeado ademas de edificativos ejemplos. Pasado el año de aprobacion en los ejercicios propios de él, sin que jamas hubiese dado márgen á que se pudiera dudar de la verdad de su llamamiento, y antes bien, dejándose ver siempre como un modelo de virtudes monásticas, capaz de edificar á los mas antiguos y ajustados, pronunció sus votos solemnes en manos del R. Padre Diego de Contreras, Prior del convento de México, y mas adelante arzobispo de la Isla de Santo Domingo, el dia 1.º de Junio de 1597. Así consta del libro de profesiones que se conservaba en el archivo respectivo, fjas 205.

En aquel año aun no se dividia la congregacion de los RR. Padres agustinos, en Provincia de México y de Michoacan, y por esta razon luego que profesó el Beato Bartolomé Gutierrez, fué mandado á continuar sus estudios al colegio de Yurirapúndaro, donde el jóven escolar hermanó de suerte el estudio de la sabiduría con el de la virtud, que esta le allanaba las dificultades de la ciencia, y la ciencia le hacia conocer la belleza de la virtud. Modelo de obediencia, de pobreza y de puridad de alma, fué modesto y sencillo, y tan accesible y dulce con cuantos le trataban, que por estas inapreciables cualidades fué singularmente amado de todos sus hermanos. Yurirapúndaro no le olvidó en mucho tiempo: despues de su muerte, su celda fué convertida en Biblioteca, y su mejor adorno era el retrato del bienaventurado.

Prevenido con estos dones del Señor se hizo digno del sacerdocio, que recibió con humildad creyéndose indigno; pero con mucho gozo de su espíritu, porque así se veia en aptitud de ser útil y de trabajar por la

salud de las almas, inclinacion caritativa que con los dias se le iba desarrollando.

Concluidos sus estudios teológicos, la obediencia le trasladó al convento de Puebla, donde, como en todas partes, edificó á los propios y extraños, y continuó atesorando el espíritu de abnegacion, de mortificacion y caridad que mas adelante le haria un consumado apóstol.

Los hombres extraordinarios suelen tener algunos misteriosos presentimientos de su fortuna, y muchas ocasiones, sin comprenderlo quizás y sin faltarle la modestia, se espresan de tal suerte, que parece que columbran el grandor de sus altos destinos: así aconteció cierto dia al bienaventurado Bartolomé Gutierrez. Hablaba familiarmente con algunos de sus cohermanos, y con sencillez les manifestaba sus vehementes deseos de consagrarse á la conversion de los infieles del Japon; uno de los religiosos dudando tal vez de su sinceridad, y como burlándose, le hizo notar que era demasiado robusto y lleno de carnes para poder dedicarse á ese ejercicio y soportar los rudos trabajos del apostolado: "Tanto mejor, respondió con gracia, así habrá mas reliquias que repartir de mi cuerpo, cuando muera mártir; porque alguna vez pasará á Filipinas, y de allí al Japon á morir por la fé de Cristo Señor Nuestro." Este gracejo humilde se convirtió en una heroica realidad.

Corria el año de 1605 cuando llegaron á Puebla, procedentes de España, el R. Padre Solier y varios religiosos que iban á la mision de Filipinas. El B. Bartolomé creyó entonces que era llegado el dia de comenzar á poner en ejecucion sus planes apostólicos: y aunque jamas pensó permanecer en las Filipinas, puesto que su llamamiento era para evangelizar al Japon; sin embargo, solicitó con humildes instan-

cias ser incorporado entre los misioneros de aquellas islas, considerando que esto era dar el primer paso que debia conducirle al término de su gloriosa carrera. Obtenidas las licencias indispensables, hizo el sacrificio de abandonar para siempre á su patria; se embarcó en Acapulco el dia 22 de Febrero de 1606, y arribó á Filipinas el dia 10 de Mayo del mismo año.

Allí los superiores le agregaron á la comunidad del convento de San Pablo de Manila, y el obediente religioso, renovando, ó mejor dicho, duplicando sus acostumbrados fervores, se dejó ver como ejemplar de buenas obras. Nunca pudo olvidar que Dios le llamaba al Japon, y por lo mismo trabajaba incesantemente para hacer cada dia mas cierta su vocacion y eleccion, mediante el ejercicio de todas las virtudes cristianas, persuadido, de que nada hace el hombre, aunque conquiste un mundo para Dios, si él sufre detrimentos en su alma. Este convencimiento le hizo aumentar sus austeridades y maceraciones, aplicarse con mas exactitud á la observancia de sus reglas, y sobre todo, entregarse á la oracion mental, de cuyo ejercicio sacaba luz, fortaleza y gracias especiales que le iban preparando para que un dia pudiese fungir dignamente el ministerio apostólico.

Sus prelados, viéndole tan observante, tan celoso, tan prudente, tan austero consigo y tan dulce con los demas, le nombraron maestro de novicios; carga que aceptó con gusto, aunque al parecer le alejaba de sus santos propósitos, porque en el superior vió siempre al mismo Dios. El Señor bendijo su obediencia, y le dió tal espíritu y gracia para dirigir á las almas, que todos sus discípulos se hicieron notables por sus virtudes, y dos de ellos merecieron la corona de mártires.

Defraudado así en sus mas bellas y gratas esperan-

zas, y alejado del objeto principal y único por el que tuvo valor para abandonar á sus padres y patria, clamaba sin cesar al Señor, para que le preparase los caminos, y pudiese satisfacer los deseos que él mismo le inspiraba de sacrificarse por sacar de las tinieblas del error á tantas almas redimidas con la sangre de Nuestro Señor Jesucristo. Así orando y llorando la ceguedad gentilica, pasó seis años, hasta que movido de impulso superior, abrió su corazón á los preladados y les manifestó su vocacion. Estos se edificaron, le confirmaron en sus nobles propósitos, le otorgaron su licencia y bendiciones, y con solo este tesoro, de valía inmensa para los que comprenden la vida del espíritu, se hizo á la vela para las costas del Japon el año de 1612.

§ III.

Una vez llegado al Japon el nuevo apóstol, se dedicó al difícil estudio del idioma del país, cuyo conocimiento era de todo punto indispensable para desempeñar el ministerio santo de la palabra; su constancia venció en breve tiempo esa dificultad, y nombrado en el año siguiente de 1613 prior del convento de Usuki, pudo ya dedicarse á la predicacion, al catequismo y al ministerio del confesonario, recogiendo un abundante fruto espiritual. No pudo el infierno tolerar tan hermosos principios, y fomentando el sangriento fanatismo del emperador, logró que espidiera un decreto mandando que todos los religiosos fuesen lanzados de su imperio, cuya orden se ejecutó con igual prontitud que crueldad. El bienaventurado Bartolomé sufrió este golpe con invicta paciencia, y entre los peligros y las incomodidades de una navegacion forzada, llegó á Manila, donde la obediencia le encomen-

dó de nuevo la educacion de los novicios. No por eso descansaba su celo, y creyéndose culpable, aumentaba diariamente sus penitencias, sus maceraciones y su fervorosa oracion, en la que, luchando, por decirlo así, brazo á brazo con Dios, le suplicaba no abandonase á los pobres cristianos del Japon, ni les privase del pan de la doctrina.

Mucho vale la oracion asidua del justo, y mas cuando está acompañada del ayuno, de la mortificacion y de la humildad del corazón: con ella nos abrimos brecha para llegar hasta el mismo tronó de Dios, y obhgarle á que vuelva hácia la tierra sus ojos misericordiosos. Bartolomé conocia esta verdad prácticamente, y por eso lleno de solicitud por la santa cristiandad del Japon, no cesó de llorar en la presencia del Señor, hasta que su Majestad compadecido de los parvulitos en la fé, que morian de hambre en aquel vasto imperio porque no habia quien les repartiese el pan espiritual, volvió á mandar á su siervo para que perfeccionase su mision. La ocasion ostensible fué como sigue.

En el año de 1617 llegó á Manila una carta dirigida al R. Padre provincial de la Orden de San Agustín, y suscrita por muchos fieles del Japon, en la que referian el martirio del B. Padre Fernando de San José, de quien ya hemos hecho mencion, y al mismo tiempo le instaban con ardor que les mandase para su consuelo y remedio al B. Padre Bartolomé Gutierrez. El Padre provincial compadecido de las necesidades de estos afligidos cristianos, y edificado al ver la estimacion en que tenian al B. Padre, determinó acceder á sus ruegos; al efecto le mandó se dispusiese á caminar para aquel imperio, designándole por compañero al B. Padre Pedro de Zúñiga, de quien mas adelante hablaremos. Alegre sobremanera

nuestro bendito mexicano, pareciéndole que Dios habia escuchado su oracion, no lo estaba menos por ir en compañía de un verdadero apóstol; y así despues de dar muchas gracias á Dios, se hizo á la vela en la primera oportunidad, que no se presentó, sino hasta el año siguiente de 1618. En Agosto de ese año llegaron al Japon, juntamente con algunos religiosos de otras órdenes, siendo recibidos por los fieles con un extraordinario gozo: empero por el furor de la persecucion tuvieron necesidad de vivir disfrazados y ocultos en casas muy retiradas, sin dejar por eso de trabajar continuamente en la viña del Señor.

Quince años duraron los trabajos apostólicos de este insigne varon, consagrado esclusivamente á la salvacion de las almas; y decir todo lo que sufrió en tan largo período, si bien seria edificante, fuera al mismo tiempo traspasar los estrechos límites de un simple apéndice; baste decir que á la letra se verificó en él aquello de San Pablo, esto es, que se vió rodeado de peligros en la ciudad donde vivia, en los desiertos donde se ocultaba, en los caminos que recorria frecuentemente, segun lo demandaban las necesidades de los fieles, en los mares que sulcó muchas veces, en el trato con los hombres que no estaban firmemente fundados en la fé, y en una palabra, que se vió cercado de toda clase de riesgos, angustiado, afligido, vestido pobremente, sufriendo hambres, frio, fuertes calores; y en tal aprieto á consecuencia del espionaje y de las delaciones, que parecia indigno de vivir en medio de la sociedad. A estos dolores, hijos de la situacion del catolicismo en el Japon, reunia otros voluntarios para aplacar la ira de Dios. Sus penitencias, sus vigiliás y su ayuno continuo le debilitaron de tal suerte, que un competente historiador ha dicho de él, lo que se lee de San Gerónimo y de

San Pedro de Alcántara, que solo conservaba la piel vistiendo la osamenta, y que parecia hecho de raices de árboles.

Por su parte Dios bendecia las penas de su siervo, y justificaba sus obras con manifiestos milagros. Una ocasion se libertó de caer en las manos de sus perseguidores, saliéndoles al frente, y engañándoles con la verdad como San Atanasio; otra, haciéndose invisible entre las inmundicias de un rincon, como San Félix, obispo de Nola; y alguna hubo en que visiblemente estuvo entre ellos y salió de sus manos como Nuestro Señor Jesucristo escapó de los que quisieron arrojarle de la falda de un monte; y es, que aun no habia llegado su hora.

§ IV.

Al fin esta sonó en el relox infalible de la Divina Providencia. Quince años de tareas apostólicas iban á ser coronados con una gloria eterna.

El bienaventurado apóstol mexicano movido por su celo tuvo varias conferencias con los Bonzos, sacerdotes del politeismo asiático, y como era de esperarse les habia confundido. Esta confusion no les redujo á la confesion de la verdad, sino que produjo el mismo resultado que en los obstinados judíos causó el maravilloso discurso del mártir San Estéban, es decir, rechinaban sus dientes, se enfurecieron contra él, y juraron perderle, esperando solamente una oportunidad. No tardó esta en presentarse, y ellos la aprovecharon con avidez.

A principios de Agosto de 1629, permitió Dios que el tirano Tacanága reyezuelo de Bungo comenzase á reinar. Este monstruo digno de figurar al lado de Domiciano y de Neron, era en extremo supersticio-

so, y como tal veneraba y temia á los soberbios y fanáticos Bonzos: estos que desde luego conocieron su carácter y su perverso natural, le persuadieron á que á todo trance aniquilase al cristianismo. Entonces tuvieron lugar tales persecuciones y martirios, que se harian increíbles, si la historia de los Macabeos, y los tres primeros siglos de la Iglesia católica, no nos hubieran enseñado de cuanto mal es capaz el espíritu de irreligion. Bartolomé comprendió que era llegada su última hora, y deseando presentarse ante Dios con la conciencia de haber peleado bien, de haber consumado perfectamente su carrera, y guardado la fé, se preparó para la lucha, duplicando su oracion, vilocándose por decirlo así, para atender á las necesidades de los fieles, que se hallaban en una tribulacion semejante á la que anuncia San Juan Evangelista para los últimos tiempos.

La solicitud del B. Padre no podia ocultarse á los Bonzós que espíaban todas sus horas, y por tanto, tampoco la ignoraba el tirano, quien se impuso como un grave deber el apresarle, persuadido de que su captura sola era un gran triunfo sobre la fé cristiana, que con ella perdía su mas ardiente propagador, y su mas firme apoyo. Este odio de sectario, se convirtió mas adelante en odio personal, que no podia saciarse sino con la venganza; siendo la causa de esto, que el B. Siervo de Dios, habia convertido á la fé de Jesus, á un privado y familiar del tirano: en consecuencia puso en acción todos sus recursos para aprisionar al apóstol.

El día 10 de Noviembre de 1629, estando el bienaventurado oculto en un espeso monte, cerca de la ciudad de Ysafay, en donde con frecuencia predicaba, fué descubierto y delatado por algunos miserables apóstatas comprados con el oro del odioso tirano. Al

momento fué preso, y cargado de cadenas y con esposas en las manos fué conducido á la horrorosa cárcel de Nangasaki. Lleno de gozo caminaba el bienaventurado, dando gracias á Dios por haberle hallado digno de padecer contumelias por el nombre de Jesus.

Este gozo divino, que solo le comprenden los Santos, se aumentó maravillosamente cinco dias despues en que llegó preso á la misma cárcel el B. Padre Antonio Pinto, jesuita japonés; luego el diez y ocho del mismo mes llegó el B. Padre Francisco de Jesus, y algunos dias mas adelante, el B. Padre Vicente Carvalho, agustinos descalzos. *Excelentes espaldas*, dice Santa Teresa de Jesus, *se hacen mutuamente las gentes espirituales*, y así es que estos cuatro benditos sacerdotes se auxiliaban entre sí con sus oraciones, con sus buenos ejemplos y con su conversacion que siempre era de cosas celestiales. Tacánaga creyó que con la prision de estos cuatro apóstoles quedaria aniquilado el cristianismo, sin preveer que en un porvenir lejano producirian sus frutos legítimos las lágrimas, los dolores y la muerte de tantos mártires.

Ya se ha dado, en la pequeña historia de los doscientos cinco, una idea de lo que son las prisiones del Japon, y esto bastará para comprender cuanto sufririan nuestros santos por espacio de dos años en aquellas horribles jaulas, en las que muchas veces los verdugos dejaban corromper los cadáveres de los que morian en ellas, para mas atormentar á los vivos. En medio de tantas penalidades, Bartolomé tuvo tiempo y espíritu para escribir diversas cartas á personas respetables y á varios de sus hijos en Jesucristo, dignas por cierto de figurar al lado de las valientes y fervorosas de San Ignacio mártir. Una de estas se conservaba con la veneracion debida en el convento de San Agustin de Morelia, casa matriz de la Provin-

cia de Michoacan. Tambien escribió la relacion del martirio de su glorioso compañero el B. Pedro de Zúñiga, y la de todos los que le padecieron en el año de 1622.

El amor verdadero es industrioso, y por lo mismo estos amantes amigos de Jesus, no solo rezaban en voz alta el oficio divino y cantaban los Salmos á despecho de sus indignos guardas; sino que arbitraron medios para celebrar diariamente el Santo Sacrificio de la Misa, ocultando cuidadosamente los paramentos y demas útiles indispensables para el Augusto Sacrificio. Tambien confesaban, catequizaban, bautizaban, é instruian á los neofitos y á los antiguos fieles; y especialmente nuestro Bartolomé á quien sus compañeros de prision daban cierta honrosa preferencia, logró hacer dos conversiones tales, que renovaron la memoria de las que los santos Apóstoles Pedro y Pablo hicieron en la célebre cárcel mamertina. Un Bonzo y un Tono principal, (especie de jueces ó comisarios régios) vencidos por las razones del glorioso Bartolomé abrieron los ojos á la luz, y recibieron el sagrado bautismo, consagrándose al momento á servir al bendito Padre en el arriesgado ministerio de catequistas. El Bonzo convertido murió mártir en union de otros muchos discípulos, familiares, y favorecedores del santo Bartolomé, dándole así la Providencia el consuelo que á Santa Felicitas, de ver morir á sus hijos, y luego morir él.

El día 23 de Noviembre siguiente fué conducido á la cárcel de Nangasaki en union de todos sus bienaventurados compañeros, porque Tacánaga decretó que fuesen atormentados con las ardientes aguas del Ungen, llamado boca del infierno, y que ya conocen nuestros lectores. Omíto por lo mismo hablar de las penas que sufrieron en su larga travesía, del martirio

de treinta y un días que estuvieron en el Lago espantoso de Ungen, y de las crueldades inauditas que usaron con el B. Padre y sus insignes compañeros, dignas ciertamente de la ferocidad de Antioco; pero referiré una circunstancia que se omitió en la breve historia referida, de la que nos ofrece tristes ejemplos la historia general del catolicismo. Bartolomé, triunfante de los enemigos de Dios, habia visto con valiente desprecio todos los tormentos que herian y lastimaban su cuerpo; y esta santa indiferencia del padecer y de la vida, lejos de convencer á los verdugos de la virtud sobrenatural que le asistia, les inspiró un pensamiento verdaderamente diabólico; y fué querer vencerle con la seducción y el atractivo del placer. Mujeres indignas se prestaron á provocar á los gloriosos mártires, pero ellos, que ya saboreaban las delicias del cielo, vieron con horror y con lástima á los ministros del demonio, que para triunfar de la virtud, no se avergüenzan de perder los sentimientos mas innatos de humanidad y de pudor. Esta noble victoria, les mereció quizás la piedra mas hermosa que brilla en su corona.

Confundido el tirano Tacánaga, y convencido de que nada podia hacer vacilar en la fé á los heroicos mártires, determinó dar parte de su constancia al emperador, mandando entre tanto que fuesen conducidos de nuevo á la cárcel de Nangasaki, en la que nuestro Beato entabló una Santa vida igual á la que practicó en la prision de Omura, permaneciendo preso desde el día 5 de Febrero de 1632 hasta el 3 de Setiembre del mismo año, en que consumó su carrera.

Vuelto de la corte imperial Tacánaga se apresuró á cumplir las terminantes órdenes del imperial tirano, y á fin de amedrentar al B. Padre y á sus gloriosos

compañeros y de tentarles hasta el último momento, hizo concluir su causa con estrépito; mandó preparar los postes y la hoguera por publicidad afectada, y simulando compasión, volvió á ofrecerles indulto al precio de la apostasía. Bartolomé que habia despreciado los riesgos y peligros de la persecucion, las inauditas incomodidades de una larga prision, los tormentos atroces de los baños de aguas casi encendidas, la dureza de los dilatados y penosos caminos, las tentaciones temibles de la maligna concupiscencia, y todas las afrentas y los dolores que quedan referidos, despreció con igual valor las lisonjas del poder, y las efimeras promesas del tirano, confiando sobre todas las cosas en el auxilio del Señor.

Perdida toda esperanza de hacerle apostatar, solo restaba que los tiranos sin saberlo, fuesen los instrumentos inmediatos de que Dios se valiera para llevar á su Siervo al seno inmenso de su eterna felicidad. Llegó el dia 3 de Setiembre de 1652, y en él el invicto y glorioso Hijo de la católica nacion mexicana, que cumplia cincuenta y dos años de edad sentenciado á ser quemado á fuego lento, murió engolfado en las delicias puras que Dios tiene reservadas para los que le aman, y perseveran en su amor hasta la muerte.

Varias reliquias suyas llegaron á México y se conservaban en algunos conventos de su Orden. El cielo hizo algunas demostraciones milagrosas para justificar la Santidad de su Siervo; la Iglesia recogió un cúmulo de datos; y la Providencia reservó para los tristes dias de la persecucion de la Iglesia de México, el consolarla, con la glorificacion de su apostólico y celoso hijo, haciéndonos este oportuno recuerdo: "Que los que padecen con Jesucristo, serán glorificados con él."

¡Qué esta esperanza nos sostenga en la fé!

EL BIENAVENTURADO MÁRTIR VICENTE DE SAN JOSÉ,
RELIGIOSO LAICO DE LA PROVINCIA DE SAN DIEGO
DE MÉXICO.

§ I.

Despues de haber trazado aunque ligeramente algunos rasgos de la historia de los tres santos mexicanos, de nacimiento, la gratitud y el respeto exige que digamos algo de los demas hombres insignes que honraron nuestra patria y la ilustraron con sus santos ejemplos.

Entre estos, desde luego figura en primer término el bienaventurado Vicente de San José, hermano profeso de la venerable Provincia de San Diego de México, y que sin impropiedad podria llamarse tambien hijo de la Puebla de los Angeles, en donde pasó los mas hermosos años de su vida, y en donde se formó á medida del corazon de Dios, pudiéndose decir que para Puebla fué el segundo San Sebastian de Aparicio; y por tanto, esa ciudad debe interesarse mucho en su honor y en su culto.

El año de 1596 nació este bienaventurado en la villa de Ayamonte, del Arzobispado de de Sevilla, en España, de pobres, pero virtuosos padres, que fueron Diego Vicente Ramirez é Isabel Rodriguez. Su modesta fortuna no les permitió darle una educacion brillante, pero en cambio se la dieron cumplidamente cristiana. Como en aquella época era tan comun la emigracion española al Nuevo Mundo, el jóven Vicente vino á México siendo de catorce á quince años. Su bellissimo carácter, su gallarda presencia y otras muchas gracias naturales, eran al parecer otros tantos enemigos de su virtud, y de hecho le rodearon de terribles peligros; pero como Dios le habia prevenido con las bendiciones de su